

Oportunidad perdida

JOSEBA ARREGI

Seguiremos sin enterrar a los muertos como es debido, sin afrontar un nuevo comienzo, eso sí, creyéndonos los mejores, los más demócratas, los más ricos, pioneros en todo, sin preguntarnos siquiera por lo que permite que eso sea así

E lo que pasa cuando se canta victoria antes de tiempo, cuando se abusa de las palabras a destiempo, cuando determinadas palabras las usan quienes menos legitimación tienen para hacerlo, cuando se sigue con el pensamiento mágico de que utilizar palabras produce realidades. Los medios de comunicación están llenos de grandes anuncios, de promesas de ultimar gestos definitivos, y sobre todo están llenos de palabras que indican la llegada de tiempos nuevos, de tiempos de ilusión, de tiempos históricos. Y lo más probable es que lo nuevo, lo histórico y lo ilusionante empiece y acabe con las palabras, en el momento mismo de su pronunciación y de su lectura.

Los momentos que está viviendo la sociedad vasca podían haber sido una oportunidad importante. Y mucho me temo que va a ser una oportunidad perdida. Y puede que vaya a ser una oportunidad perdida por culpa de los responsables de siempre, los partidos políticos y su incapacidad de ver nada más allá del interés de su propio partido, de su parte, de su parcela, de su interés particular, que también, sino a causa de algo más serio y profundo: por el deseo de la sociedad vasca de no recordar cuál ha sido su comportamiento a lo largo del tiempo de existencia de ETA.

Las sociedades democráticas actuales se han convertido en un círculo vicioso: los partidos políticos, sus líderes, los responsables institucionales y los medios de comunicación crean una opinión pública que luego la leen en las encuestas como si fuera producto de la reflexión profunda e incondicionada de los votantes, de los ciudadanos, y que les obliga. Un partido declara permanentemente que una determinada coalición de gobierno es la mejor para el país –que normalmente significa la mejor para el partido que la propone como tal– y luego se extraña que incluso sus votantes la prefieran a cualquier otra. Determinados partidos proclaman durante años que la violencia de ETA es resultado de la existencia de un conflicto político, y luego se extrañan que los acompañantes políticos de ETA y sus legitimadores no se vean obligados a condenar la historia de terror, y no quieren ver que la sociedad vasca se escuda en lo que le han predicado durante tanto tiempo, la existencia del conflicto como explicación y legitimación del terror, para querer pasar página cuanto antes, para cerrar el libro como sea, para cerrar el capítulo sin demora y seguir con su vida como si nada, o casi nada, hubiera pasado.

Es la triste realidad, contra la que nada pueden las palabras grandiosas ni los tiempos históricos. Ni siquiera para tener el miedo que algunos analistas ponen de manifiesto en sus opiniones: que va a venir una oleada nacionalista en Euskadi. No

será la primera, ni la segunda, ni quizá la última. Pero hay que preguntarse qué queda de cada una: una sociedad que presta el voto a los que le permiten seguir con buena conciencia, con lo que inconscientemente saben que es la base de su buena vida, o una vida mejor que la del resto de ciudadanos españoles –lo que se esconde bajo el cupo cubierto por el tabú del Concierto económico–, pero que no se deja convertir en su vida diaria a lo que correspondería con lo que predicaban aquellos a quienes presta el voto, durante algún tiempo.

Es cierto que todas las sociedades son reacias al examen de conciencia. Pero solo una mirada no muy mentirosa a la historia permitiría hablar de un tiempo nuevo. Y como esa mirada no va a existir porque nadie, mejor dicho, muy pocos están dispuestos a aceptar que en Euskadi hubo una mayoría que cantaba los crímenes de ETA, que hubo una mayoría que encontraba justificación a lo que ETA hacía, que hubo una masa social que justificaba la existencia de ETA, mucha gente que despreciaba al Estado, que afirmaba que no era democrático, que existía el conflicto político que permitía poner sordina y vestir de aceptabilidad

los crímenes de ETA, y que si había esas mayorías, si había esas masas sociales es porque había individuos que las conformaban, que ellos pertenecían a esas mayorías, a esas masas, que nosotros pertenecíamos a esas mayorías, a esas masas, es difícil que haya examen de conciencia.

Y a falta de este examen de conciencia, de esta voluntad de mirarse al espejo y preguntarse qué he hecho yo estos cincuenta años, dónde he estado, qué consecuencias ha tenido defender que el conflicto explicaba el terror, que

el terror no acabaría sin negociación política con ETA, sin concederle la territorialidad y la autodeterminación, qué ha significado no querer ver a las víctimas, ocultarlas, negarles cualquier legitimidad para hablar siquiera, no va a haber memoria, no va a haber verdad, ni va a haber justicia.

Pero tampoco va a haber dignidad, ni para los asesinados y las víctimas familiares, ni para la sociedad vasca. No va a haber decencia, porque los silencios fueron clamorosos en su día, y hoy el griterío de las grandes palabras ahoga cualquier verdad por muy pequeña que sea. Y seguiremos sin enterrar a los muertos como es debido, sin afrontar un nuevo comienzo, sin hacer el aprendizaje de la democracia, y seguiremos, eso sí, creyéndonos los mejores, los más demócratas, los más ricos, pioneros en casi todo, primeros en todo, por encima de la media en todo, sin preguntarnos siquiera por lo que permite que eso sea así.

Y se quedarán tristes y solos los muertos, los asesinados, solos con su silencio impuesto por el odio a la diferencia.



:: JOSE IBARROLA